

NOTICIA Y ALGUNOS POEMAS DE CLEMENCIA LARRA EN LA PRENSA GIENNENSE

Por Manuel Urbano Pérez Ortega
Secretario del Instituto de
Estudios Giennenses

Resumen

Se da noticia biobibliográfica de la poetisa sevillana —1854— Clemencia Larra González, la que realizó durante, al menos, un lustro toda una gran actividad cultural en Jaén; a la vez se recogen los poemas que la misma editara en prensa de Jaén y la provincia, efectuándose un sucinto análisis literario que confirma la justa estima que los giennenses le tuvieron en su época, así como la menos justa del silencio en que permanece dentro de los escasos panoramas giennenses del XIX. De todas maneras, el artículo no es más que una aproximación al primer hacer de la Larra y una llamada de atención sobre el trabajo de búsqueda y rescate que la misma reclama.

ASISTÍALE buena dosis de razón a Alfonso Sancho cuando, en su trabajo sobre Almendros Aguilar (1), consigna a Clemencia Larra entre los poetas giennenses de finales del XIX y dentro del estadio de los «consagrados», junto con el propio Antonio Almendros o Montero Moya, a la vez que recoge el sentir de la época, en la que se le tenía como la primera poetisa jaenera del momento, una vez fallecida Josefa Sevillano —1878— y contando con la ausencia de los lares provinciales de Patrocinio de Biedma, la ponderada directora de «Cádiz». En otro de sus trabajos volverá a tenerla en cuenta:

(1) *Almendros Aguilar, una vida y una obra en el Jaén del siglo XIX*, pág. 137. Edit.: Instituto de Estudios Giennenses. Jaén, 1981.

«un interesante grupo de mujeres poetas: Isabel Camps, Josefa Sevillano, Patrocinio de Biedma y, en cortos períodos de tiempo, Clemencia Larra y Enriqueta Lozano de Vilches».

A pesar de ello, y al contrario de las antes reseñadas, no le merecerá nuestra poeta siquiera una línea de referencia a su biografía o arte (2). Y es que la práctica totalidad de las aproximaciones giennenses a esta literata se han quedado circunscritas a darle presencia, sin más, entre los miembros de mayor significación y actividad de la Sociedad Científico-Literaria de Jaén, entidad cultural nacida en 1882 en el seno de la Real Sociedad Económica de Amigos del País y presidida por el poeta y periodista Ángel de la Chica y Alcázar, y en la que se dieron cita miembros de las más distintas generaciones, como López Paqué, Espantaleón Carrillo, Guindos Torres, Santón Fontana, Almendros Aguilar, Montero Moya, Moreno Castelló, Palma y Camacho, José Almendros Camps, Mariano Siles Marín o, entre una riada de etcéteras, el entonces Presidente de la Audiencia Provincial, autor teatral y poeta, Antonio J. Caracuel de la Cámara; en suma, todos aquellos personajes que tenían algo que decir o, simplemente, se consideraban que tenían que estar con su parcela en una capital que no alcanzaba los veinte mil habitantes. Pero no seremos nosotros quienes incidamos en este momento álgido de la cultura local, ya suficientemente estudiado por el profesor Sancho (3), o por Manuel María Morales Cuesta en su reciente trabajo sobre Montero Moya (4).

Dentro del secarral informativo y de referencias a nuestra autora, Antonio Checa ofrecerá un dato de interés en su viaje panorámico por la prensa giennense:

«De 1881 es El Laurel Jiennense, que dirige una mujer, Clemencia Larra González, y se imprime en el establecimiento de la familia de Guindos, revista referenciada con elogios en la prensa contemporánea pero de la que no se han conservado ejemplares» (5).

(2) SANCHO SÁEZ, ALFONSO, y SANCHO RODRÍGUEZ, M.^a Isabel: *Poesía giennense del siglo XIX*, pág. 15. Edit.: Diputación Provincial de Jaén. Jaén, 1991.

(3) *Op. cit.*, pág. 137 y sigs.

(4) *Montero Moya: vida y obra poética*, pág. 152 y sigs. Edit.: Ayuntamiento de Jaén. Jaén, 1995.

De todos modos, este momento cultural no fue exclusivo de la ciudad de Jaén; paralelo discurrió en Linares, donde mucho tuviera que ver el poeta baezano José Jurado de la Parra. Y cierta relación poética hubo entre los grupos de las dos ciudades; algo que merece un digno estudio.

(5) CHECA GODOY, ANTONIO: *Historia de la prensa jiennense —1808-1983*, Edit.: Diputación Provincial de Jaén. Jaén, 1986.

Por su parte, Aurelio Valladares dará una nota biobibliográfica (6) más amplia, aunque sin aportar elementos de juicio literario y no pasar de un resumen de lo ya dicho por Mario Méndez Bejarano en su insustituible «Diccionario de escritores, maestros y oradores naturales de Sevilla y su actual provincia» (7), que transcribiremos después.

Quizás este desconocimiento o despego con los que, curiosa y contradictoriamente, contrasta el reconocimiento que se le tiene entre nosotros a la poetisa sevillana, provenga de que la misma se encuentre ausente de esa generosísima antología que es el «Álbum poético» de *El Industrial* —aparecido en folletón entre 1878 y 1879—, de la siempre acogedora «Cádiz» para jóvenes firmas provinciales, de la totalidad de las escasas coronas poéticas que por entonces se imprimen en Jaén, o su mínima presencia en los «Obsequios Poéticos a la Virgen de la Capilla», puesto que sólo diera en éstos una única composición, la que abre el ramillete de 1881 (8), en el que, por igual, participaría un buen haz: Montero Moya, Alcalde Valladares, Almendros Aguilar, Palma y Camacho, Manuel Paso, Moreno Castelló, Ángel de la Chica y Alcázar, así como Jesús María Juárez. Tampoco le beneficiaría el hecho de que Cazabán orillase su firma en el amplísimo *Florilegio* que, años después, editara (9) y el que, hasta tiempos bien recientes, ha sido la memoria lírica del XIX.

Y si más que reducida estuvo la atención jaenera por la escritora, no de mayor amplitud fue la mirada que en ella depositaran los estudiosos de ámbito nacional; así, el siempre generoso José María de Cossío se limitaba a dar noticia de que, en 1878, colaboraba en la gaditana *La moda elegante*

(6) En *Guía literaria de la provincia de Jaén*, pág. 342. Edit.: Instituto de Estudios Giennenses. Jaén, 1989. Dice así: «Nacida en Sevilla en 1854, fundó y dirigió en Jaén la revista literaria "El laurel jiennense". Utilizó los pseudónimos de Gonzalo de Bustamante y "Un literato de antaño". Destacan sus novelas: "La corona de siemprevivas" —Jaén, 1885—, "La copa de oros" —París, 1884—, "Belleza de alma" —Madrid, 1885—, "El manuscrito de una soltera"; así como "El conquistador del Nuevo Mundo", leyenda histórica publicada en París. "Poesías andaluzas", libro publicado en Málaga, y "Oda a Santa Teresa", poema con el que consiguió un premio en Baeza en 1882».

(7) Existen Edón, actual, en Padilla Libros, Sevilla, 1985.

(8) Imprenta de los Hijos de José Francés. Jaén, 1881.

(9) CAZABÁN LAGUNA, Alfredo: *Poetas y Poesías (Florilegio)*. Tip. La Unión. Jaén, 1911.

te (10). Insistimos, es Méndez Bejarano quien, según nuestras indagaciones, ofrecerá la más completa noticia biobibliográfica (11):

«CLEMENCIA LARRA GONZÁLEZ. Poetisa contemporánea nacida en Sevilla el año 1854. Muy joven empezó a dar a la prensa sus ensayos firmados con los seudónimos “Gonzalo de Bravante” y “Un literato de antaño”. Una novela, “La corona de siemprevivas” —Jaén, 1880— forma el primer trabajo extenso de la autora. En el certamen celebrado en Baena en 1882 conquistó el laurel del triunfo por su “Oda a Santa Teresa”. La revista “Paris Charmant Artistique” publicó en 1884, suscrita por la escritora, otra novela, “La copa de oro”. La revista “El Correo de la Moda” se honraba con las páginas de otra narración novelesca, titulada “Belleza del alma” —Madrid, 1885.

Desde entonces colaboró en muchas revistas literarias y siguió dando al público ya sus obras poéticas, como la leyenda histórica “El conquistador del Nuevo Mundo” y el volumen de “Poesías andaluzas”, ya sus obras dramáticas, entre las cuales se encuentran: “La escuela del buen tono” y “La virtud y el vicio”, que subieron a escena en Gibraltar; “Amita” y “Luchas del Alma”, en tres actos, e inéditas ambas; o bien novela como “El manuscrito de una soltera”.

Fundó y dirigió una revista denominada “El Laurel Jiennense”.

Algunos comentarios nos sugiere la insoslayable nota antecedente, así como sus lamentables lagunas.

En primer lugar, nos resulta más que curioso observar cómo Méndez Bejarano deja de ofrecer otras fechas después de 1885, si bien señala que, con posterioridad a ese año, fueron bastantes las colaboraciones de Clemencia en periódicos y revistas, las que no indica, como no marca el año de su defunción, la que presumiblemente debió ocurrir con anterioridad a la primera edición del libro, ya que la papeleta está redactada en pasado.

Pero hay más, no hemos encontrado referencia alguna en repertorios bibliográficos clásicos, de los que puede ser exponente «Veinticuatro diarios» (12), o a otros más recientes y ambiciosos, tal como «Literatura y pe-

(10) En *Cincuenta años de poesía española —1850, 1900*, pág. 1.366. Edit.: Espasa Calpe. Madrid, 1960.

(11) Debo la papeleta a las gestiones del profesor y poeta hispalense Manuel Jurado López.

(12) Seminario de Bibliografía Hispánica de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. Edit.: C.S.I.C. Madrid, 1972.

riodismo en las revistas de fin de siglo. Estudios e Índices. 1888-1907», del que es autora María Pilar Gelma Valera (13).

No es mucho, por ahora, cuanto nosotros podemos aportar con firmeza para un mayor conocimiento biográfico y literario de la sevillanogienense, entre otras causas, dada la inclemente pérdida y el obscuro escamoteo al que ha sido sometida buena parte de nuestra prensa decimonónica. En honor a la verdad, hemos de confesar que poseemos más interrogantes que afirmaciones, aunque unas y otras bien pueden venir a rellenar algún vacío y silencio de los muchos que difuminan en la niebla histórica a la que fuese escritora total y decidida.

Como se viene asegurando, Clemencia Larra nació en Sevilla, en 1854, trasladándose a Jaén con los primeros años de su juventud —si no antes—, ya que la encontramos colaborando de modo continuo y desde su número inicial —30 de marzo de 1879— de «La voz de Alcalá la Real», hasta el décimo y último que hemos podido encontrar —1 de junio de 1879—; para entonces, como recordaremos, ya habían aparecido colaboraciones suyas en la prensa regional, caso de «La Moda Elegante», 1878, cuando sólo cuenta veintitrés años de edad. Igualmente, asiste a nuestra opinión de que para esas fechas ya debiera estar vecindada en Jaén, puesto que en ella publica en 1880 su primera novela, el hecho contundente de que, como ya lo recogésemos, en 1881 saca a su costa y dirige en la capital, donde se imprime, «El Laurel Jiennense», empresa periodística que, desde luego, no es fácil de repentizar.

Considerando lo expuesto, no me parece excesivo aventurar que, para los inicios del último cuarto de siglo ya debiera estar afincada en tierra jaeñera la poetisa, caso de que no lo estuviese con anterioridad.

De todas formas, y de ello no nos caben dudas, es patente que la Larra posee acreditado prestigio por esas fechas, teniéndosele por la escritora giennense de más valía; y, aunque cuenta con veintinueve años, se le sitúa pareja con los nombres más conspicuos del Santo Reino y bastante mayores que ella en edad (14). Así, en el artículo «La Sociedad Literaria» (15), en el que se sirve noticia de la inminente constitución de ésta, se afirma algo de inequívoca contundencia:

(13) Ediciones Júcar. Madrid, 1991.

(14) Por ejemplo: Almendros nace en 1824; en 1826, Montero Moya.

(15) En *Jaén*, núm. 7. Jaén, 16 de enero de 1883.

«Los individuos de la Junta Directiva que la organizan, cuentan con la colaboración de distinguidos escritores de Jaén, como los Señores Almendros, Montero, Ruiz Giménez, López Paqué, Ruiz Raichs, Piqueras Castro y con la valiosa de la señorita de Larra —Doña Clemencia— y algunos más».

Y sobre tal estima se ratificará el citado periódico en más de una ocasión; así, en su anuncio de la velada literaria que se celebraba el día 25 de febrero de 1883, con la asistencia de

«distinguidos poetas y escritores como los señores Almendros, Castelló, Palma, Piqueras Castro, López Paqué y algunos otros; y a más la señorita Larra» (15).

Parece ser que, al menos, entre los propios literatos locales, Clemencia es la escritora giennense del momento, la que ya por entonces, y como queda recogido, amén de emprender una empresa periodística, había publicado en nuestras prensas una novela, «La corona de siemprevivas». Ella es prosista y narradora fértil, como lo vemos en la gacetilla periodística (17) en la que se informa de la velada literaria habida en la Real Sociedad Económica en honor de Giménez Serrano, y en la que se resaltan las colaboraciones e intervenciones de Almendros, Montero Moya y Ruiz Giménez, diciéndose de ella:

«La señorita Larra galantemente invitada leyó un trabajo notable titulado “El genio”, en el que dio muestras suficientes de su estado y de lo correcto de su pluma, siendo aplaudida con justicia».

Pocos días después veremos parecido elogioso juicio en el artículo-reseña «La velada del 27» (18):

«Allí pasamos un agradable rato, escuchando ya el inspirado artículo de la señorita Clemencia Larra titulado “Madre e hija”».

Pero, por desgracia, no sólo nos son desconocidos estos artículos, sino, prácticamente, todos aquellos que pudieran dar en las publicaciones periódicas giennenses, por lo que sólo podemos remitir al lector a «Vicio y Virtud» (19), su última colaboración aparecida en «Jaén» y de muy con-

(16) En *Jaén*, núm. 12. Jaén, 24 de febrero de 1883.

(17) En *Jaén*, núm. 6. Jaén, 24 de enero de 1883.

(18) En *Jaén*, núm. 17. Jaén, 1 de abril de 1883.

(19) Se publicó en el número 29 de *Jaén*. Jaén, 1 de julio de 1883. No deja de ser elocuente que una obra teatral de Clemencia se titule igual: «La virtud y el vicio».

vencionales tonos moralizantes, los que si bien son partícipes de su pluma, en esta ocasión no nos dan un producto como apeteciéramos de granazón ideológica y literaria; de aquí que no tengamos el trabajo por muy representativo de su hacer, sobre todo si nos atenemos al juicio que contiene otra noticia, en este caso, de su intervención en la velada organizada por la Sociedad Literaria en honor del impagable Giménez Serrano:

«La Srta. D.^a Clemencia Larra leyó un discurso esmaltado de ideas y dos poesías, una a Almendros y otra a la memoria de Negrete. La inspirada poetisa, la atildada escritora, tiene un nombre que nosotros no aumentaríamos con nuestras alabanzas» (20).

En efecto, su hacer más estimado parece ser el poético, lo que volveremos a encontrar en la reseña de otra reunión literaria (21); en esta ocasión en reconocimiento al poeta baezano José Jurado de la Parra y en la que otra joven promesa giennense, José Almendros Camps, leyese una poesía

«lindísima de la señorita Larra, que con ella añade un lauro más a su corona poética».

«En otro lugar, leemos (22):

«Clemencia Larra (...) nos dejó maravillados con su preciosa composición “La Plegaria”, que ya conocen nuestros lectores» (23).

Definitivamente, y por cuanto conocemos del lustro creativo —1879: 1883— de Clemencia Larra en Jaén —en 1884, recordemos, edita en París y ya no volveremos a encontrar nada de imprenta giennenses— que alcanza mayor perfección.

Ciñéndonos a las propuestas de este artículo y para el lustro reseñado, siete poemas hemos advertido en las ajadas páginas de nuestra prensa. El primero de ellos aparecería el 30 de marzo de 1879 en «La Voz de Alcalá la Real», semanario en el que hemos dado con otros cuatro más. El último lo firma para «Jaén», en primero de marzo de 1883, en cuyas páginas ya publicase otro con anterioridad. Mas ante de cualquier otra consideración, queden estos muy varios y elocuentes poemas:

(20) En *Jaén*, núm. 27. Jaén, 16 de junio de 1883.

(21) En *Jaén*, núm. 10. Jaén, 8 de febrero de 1883.

(22) En *Jaén*, núm. 25. Jaén, 1 de junio de 1883.

(23) Efectivamente, fue publicada en los números 2 y 5 de *Jaén*, correspondientes, respectivamente, al ocho de diciembre de 1882 y uno de enero de 1883.

*Soneto (24)**En el álbum de la Srta. D.^a Carlota Ballou*

Se pierde el astro, oculta en Occidente
 el destello de vívido fulgor,
 pierde su aroma la purpúrea flor
 y el huracán, marchítale inclemente.
 Van los mares siguiendo su corriente
 y embravecidas las ondas al furor.
 Del embate, mugen, y el eco aterrador
 ocúltase en el fondo del torrente,
 se pierde por un ser devastador
 todo lo que embellece nuestra vida,
 aún se curan las fuentes del dolor
 por la mano del tiempo combatida,
 mas ¡ay! que los recuerdos del amor
 ¡nunca los pierde, nuestra alma herida!

*El delirio (25)**En el álbum de la Srta. D.^a Fanny Ballou*

En la noche sombría
 cuando todo descansa,
 se agita el pensamiento
 de idea triste, amarga.
 De velo tenebroso
 nuestra razón velada,
 al sopor de la fiebre
 luz y fuerzas embarga:
 ya débil el cerebro
 triste visión refracta
 que envuelta en el delirio
 dibuja cien fantasmas;
 y se acercan espectros

(24) En *La Voz de Alcalá la Real*, núm. 1. Alcalá la Real, 30 de marzo de 1979.

Para el conocimiento de la poesía del último tercio del XIX, es de resaltar el alto número de colaboraciones que ofrece este periódico de Baldomero Sáenz de Tejada, así como algunas de F. Díaz de Lara.

(25) En *La Voz de Alcalá la Real*, núm. 5. Alcalá la Real, 27 de abril de 1879.

que con afán nos llaman,
y rodean el lecho
personas tan extrañas
que sólo nuestra muerte
con impaciencia aguardan.
Mil ecos desacordes
nuestro oído desgarran,
y en son acompasado
ante la vista vagan.
Van hablando entre sí,
y su sonrisa amarga
al herir la existencia
hiere también el alma.

.....

Después viene la muerte,
y con su mano helada
acaricia la frente,
del que triste plegaria
repite conmovido
con el llanto sellada.

¿Por qué cortas mi vida?
¿No te mueven mis lágrimas?

Yo no quiero morirme
en edad tan temprana.
Aléjate y no vuelvas
hasta que ya agostadas
mis caras ilusiones
su poder no me atraigan.
Vete, vete y no vuelvas
hasta que la esperanza
no anide ya en mi pecho,
ni tenga fe en el alma,
ni sienta el corazón
el fuego que lo abrasa.

.....

Y en calma la fiebre
al venir la alborada;
y nuestro ser se agita,
mira todo con ansia

y cruzando las manos
a Dios damos las gracias.
¡Qué grata es la existencia!
¡Qué dulce es la esperanza!

A ti (26)

Si tuviera del Dante
la inspiración divina,
o a Gounod imitara
en dulces melodías,
hiriera de tu alma
las delicadas flores
despertando recuerdos
de ilusiones sentidas.
Si imitara del ave
la sonora armonía,
fueran mis gratos trinos
en inspiradas rimas
a decirte cantando,
por qué es grata la vida
al que cautivo llora
mirando un nuevo día
la ausencia de su patria,
su libertad perdida,
por qué siguen los mares
su corriente tranquila,
por qué mugen las ondas
y orgullosas se rizan
en caprichosas gasas
de plata y azulinas,
y humildes van llegando
a besar las orillas.
Por qué ríe la aurora,
por qué cuando declina
dejando todo envuelto
en misteriosas tintas
es más bello el reflejo

(26) En *La Voz de Alcalá la Real*, núm. 7. Alcalá la Real, 11 de mayo de 1879.

de su luz peregrina.
Por qué es sensible el hombre,
por qué su ser se agita,
por qué en pos de un recuerdo
su corazón suspira,
y después en sus labios
dibuja una sonrisa,
semejante al destello
de luz brillante y vívida,
que a su color suave
las nieblas se disipan.
¿Pero qué digo? ¿A tí?
Tu excéptica sonrisa
niegan ese poder
que todo lo domina.
Para tí no hay encantos,
ni fe, ni amor, ni dicha;
es vana la esperanza.
¡Todo, todo es mentira!

El mendigo ciego (27)

¡Errante cruzó el árido desierto
que los seres felices llaman vida!
Vaga, sin luz, la sombra del misterio
en sus lóbregos pliegues se cobija.
¡En el inmenso espacio de la tierra,
que con sus goces a vivir convida,
encuentro, por fortuna, la miseria
y llamo madre al áspera fatiga!
¡Nada poseo, y sé que las riquezas
el corazón del hombre sacrifican;
y tirano se muestra a la indigencia,
mientras su frente al poderoso inclina.
Nada soy, sí; y del mundo sólo espero
eterna soledad, noche sin día;
alzo mis secos ojos hacia el cielo,
¡Do está la patria y la esperanza mía!

(27) En *La Voz de Alcalá la Real*, núm. 8. Alcalá la Real, 18 de mayo de 1879.

*La Virgen de la Cinta (28)**Leyenda popular*

Dedicada a mi querida prima la Srta.
D.^a Salud Camacho.

Bajo la bóveda azul
de nuestra riente España,
y en el fecundo terreno
que el Betis risueño baña,
hay una pequeña aldea
que el océano engalana,
do sencillos habitantes
con sus palacios cabañas
y en su humilde embarcación
cifran toda su esperanza.

Con tiempo hermoso y sereno
y con apacible calma,
los hijos del mar se aprestan
dejando familia y casa
para conquistar riquezas
allá en tierras muy lejanas.
Hijos, esposas y madres
los siguen hasta la playa,
colmándolos de caricias
que van con llanto selladas.

Ya es preciso separarse
que la obligación los llama,
todos los labios repiten
ayes nacidos del alma.
¡Adiós padres! ¡Adiós hijos!
¡Adiós esposas amadas!
pedid al cielo que todos
volvamos a nuestra patria.
Ya todos saltan a bordo,
y un anciano se adelanta
diciendo: «¡Esperad, por Dios,

yo voy en vuestra compañía,
que ese joven capitán
es hijo de mis entrañas!».

El barco se hizo a la vela,
y el anciano sollozaba,
y las mujeres gemían,
los pañuelos agitaban,
mientras los bravos marinos
al aire sus gorras lanzan,
entonando alegres ¡hurra!
y diciendo «¡Viva España!».
El anciano les bendice,
al cielo sus brazos alza,
y cayó desvanecido,
murmurando una plegaria.

Pasaron, ¡ay!, muchos días,
en vano todos aguardan
aquel barco tan querido
que flotó sobre las aguas,
airoso, como las aves
que entre las ondas se bañan,
dejando espumosa estela
donde refleja su gracia.
Apenas el misterioso
celaje de la alborada
se descorre por Oriente,
plegándose en bellas gasas
al mostrar purpúrea luz
que en los mares se dilata,
ya el anciano espera ansioso
que aquellas rientes galas
irradien con su fulgor
al astro de su esperanza.
Mas, ¡ay!, que de un punto fijo
sus ojos triste no aparta,
y preso de mil angustias
se va derramando lágrimas
cuando ya negro crespón

hacia su Cénit avanza,
oscureciendo aquel punto
que atraía sus miradas.

Llegó el día de la Virgen,
la solemnidad sagrada,
y todos con devoción
ante la ermita llegaban,
trayendo en hombros la imagen
hasta la vecina playa;
y aquel pueblo conmovido
se arrodilló ante sus plantas
clamando con viva fe:
«Vuélvelos tú, Virgen santa,
que ha cerca un año se fueron;
sus familias desoladas
todos los días lo esperan,
todos, y esperanza vana!
¡Y es mi padre! ¡Y es mi hermano!
¡Y el hijo de mis entrañas!
Vuélveles, sí, y haz la dicha
de este pueblo que te aclama».
Y, llenos de ardiente fe,
se vuelven para llevarla
a la ermita, que del pueblo
está a una larga distancia.

Ya vuelve la romería,
pero con silencio y calma,
nadie habla, nadie ríe,
ninguno grita, ni canta,
todos, todos silenciosos
llevan la herida en el alma.
Allá lejos se divisa
gente que a la ermita avanza.
«¡Son náufragos!» Gritan unos.
«¡Es mi padre!» El otro exclama.
«¡Mi hermano!» «¡Sí, ellos son!».
Y con efusión se abrazan.
«¡Mas no hablan!, ¡no nos miran!

¡acaso sella sus labios
una promesa sagrada!
¡Oh, sigámoslos también».
Y ya todos, todos callan
hasta volver a la ermita
donde postrados oraban,
besando humildes la tierra
y de la Virgen las plantas;
por sus tostadas mejillas
corren raudales de lágrimas,
mientras sus labios repiten
una sentida plegaria.

Después un joven bizarro
con tierno acento clamaba.
«Todos, todos Madre mía,
todos vuelven a su patria,
que a sus hijos, del naufragio,
salvó nuestra Madre amada».
«¿Dónde estás? ¿Dónde hijo?».
«Aquí estoy, padre del alma».
Y aquel anciano estrechó
al hijo de sus entrañas.
Y todos se abrazaron,
todos ríen, todos cantan.
«¡Hurra!, que ya la patrona
nos ha vuelto a nuestra casa».

La plegaria (29)

Hace mucho, mucho tiempo.
¡Era tan niña! (30)
Mas aún existe el recuerdo
tan vivo como aquel día.

Junto a un lecho de dolor
donde la muerte indecisa,
en fatídico silencio
sus negras olas batía,

(29) En *Jaén*, núm. 2. Jaén, 8 de diciembre de 1882.

(30) No acertamos a descrifrar la palabra que falta.

estaba sí, silenciosa;
pero no triste, una niña.
Joven era la mujer
que en una dulce agonía
iba al tribunal supremo
con la conciencia tranquila,
mas dejando tiernos lazos
que hacia la tierra le unían.
Abrió sus hermosos ojos,
su vista vaga, intranquila,
ansiosa buscaba un algo,
y encontró la de la niña.
La llamó una y mil veces,
y se acercó condolida
del pesar que revelaba
la voz ya: no presentía
su alma todo el tormento
que despertaba su vista.
Inundó el llanto los ojos
de la mujer que moría,
perdiéndose aquel rocío
de lágrimas cristalinas
entre los informes pliegues
de sus vestiduras nítidas.
Enlazó con débil fuerza
su mano a la de la niña
mostrándole con la otra
tu imagen, Virgen María.
«¡Aquella será tu madre,
yo me muero, hija querida!».
Aquel eco hirió su alma
y cayendo de rodillas
lloró mucho, ¡mucho, Madre!,
y sus lágrimas unidas
fueron oferta sagrada
que hasta los cielos subía
descendiendo tenue rayo
que a su razón ilumina.
Fue fugaz; casi al momento

a la insensatez volvía
mirando impávida el cuadro
que se agitaba a su vista.
La madre cruzó las manos,
entreabrió triste sonrisa
sus labios, y recitaron
una plegaria sentida.
Tendió la noche su manto,
la niña durmió tranquila;
ni un instante hirió su mente
el recuerdo de aquel día.
Apenas dibujaba el alba
sus vagas y bellas tintas,
sintió acordes plañideros,
eco fiel de la agonía.
Saltó del lecho agitada
y oró y lloró de rodillas;
después buscaba a su madre,
su madre ya no existía.
«¿A dónde vas?», le dijeron
unas mujeres solícitas,
que encargadas de su guarda
el paso le detenían.
«¿No escucháis esa campana
que hiere al alma las fibras?
gime la temprana muerte
de mi madre que agoniza:
dejad que llegue a su lado,
no impidáis que me bendiga».
Atónitas se miraron;
¿era cierto lo que oían?
¿Quién inspiró sus palabras?
¿quién a su razón dormida
despertó de aquel letargo
que ha nueve años yacía?
¿No fuiste tú, Madre amada?
Tú que al aceptar la hija
escuchaste la plegaria
de una madre dolorida.

De entonces tu protección
siempre concedes benigna;
en ella su fe suplica
le mires siempre amorosa,
siempre sus pasos dirijas,
por este valle de lágrimas
hasta la Sión bendita.

Quisiera que mi voz fuera potente (31)
para ensalzar tus glorias, ¡Oh María!
y en alas de tu amor volara ansiosa
hasta el excelso trono que dominas.
Quisiera que vibrando en el espacio
fuera el eco bellísima armonía
que hiriendo el corazón del orbe entero
despertara a tu fe, Virgen bendita.
Mas nada puedo, que mi voz ¡ay! débil,
aprimada en cárcel tan mezquina,
se extinguiera cual remolino incierto
perdido a impulso de la fuerte brisa.
¿Debo sellar mi labio y no ofrecerte
una flor más, a la que en tanta estima
enlazan con amor tus fieles hijos
para ceñir tus sienes este día?
También, también las plantas, ¡ay!, silvestres
las praderas esmaltan, fertilizan;
también en las arenas brotan flores
que la mano del hombre no cultiva.
No tienen ni fragancia, ni hermosura,
ni es soberbio su tallo, flor sencilla,
su cáliz abre al beso de la aurora

(31) La lógica lineal aconseja dar por terminado el poema en el punto anterior y así se publicó en el número 2 de *Jaén*; comenzando en este verso, primero de once sílabas, una vez concluido el romance, un nuevo poema y de esta forma lo entendieron los jóvenes redactores de *Jaén*, los que lo darían en su número 5 con el título: «A la Santísima Virgen María», si bien en nota a pie de página hace constar:

«Esta poesía y la publicada en nuestro segundo número (...) forman una sola composición, que por un error involuntario damos en dos».

No seré yo quien discuta a su autora la intención poética que le animase, máxime cuando el propio Espronceda fue muy dado a esta mudanza métrica.

y muere con las auras vespertinas.
Esta flor tan modesta es la que quiero
unir a tu corona, Virgen mía,
acéptala cual pobre testimonio;
es la ofrenda de un alma agradecida.

Hojas perdidas (32)

Como las hojas ascienden
del huracán arrancadas,
y formando remolino
hasta las nubes se alzan,
así miré yo elevarse
deshechas mis esperanzas,
perdiéndose en los espacios
del vendaval azotadas.
No sólo las rosas tienen
la frágil vida que acaba
donde los recios embates
traidoras luchas levantan.
También nuestro corazón,
con amor su cáliz guarda
una vida de ilusiones,
que el más débil soplo apaga.
Nacen risueñas las flores,
crecen alegres, lozanas,
el aura las acaricia,
el sol anima su planta,
cuanto rodea su ser
a su hermosura se halaga
y va formando su historia
el álbum de la esperanza.
Mas ¡ay! cuán pronto su vida
amargo llanto acibara,
y aquella hiel gota a gota
irá llenando sus páginas.
Un tormento es el pasado;

(32) En *Jaén*, núm. 13. Jaén, primero de marzo de 1883.

¿qué su porvenir le aguarda?
 ¡Recuerdos que ya no existen!
 ¡dichas sí, dichas soñadas!
 A aquellas páginas tristes
 otras más tristes aguardan,
 tan tristes que en su delirio
 ¡ay! con dolor las arranca,
 lejos de sí las arroja
 y por el etéreo vagan
 esos fragmentos perdidos
 que son las hojas del alma.

A modo de conclusión provisional, puede registrarse que, desde el primer soneto que reproducimos, es palpable la tendencia narrativa de la poeta, la que en esta ocasión describe una tormenta marítima para fijar el dolor del desamor. Ofrece, igualmente, desde este primer trabajo conocido, su poder del oficio lírico, el que muy ocasionalmente tiña con la retórica altisonante tan característica de los años centrales del XIX: «purpúrea flor», «Embravecidas las olas de furor», etc.; algo en lo que no insistirá nuestra autora y que no advertiremos en poemas posteriores, puesto que no tardará en distanciarse del trasnochado neorromanticismo que aún respiran los más de los consagrados escritores de la ciudad y busca un hacer narrativo que, en alguna ocasión, huye de la forma romanceada, puesto que está edificado con versos heptasílabos, si bien riman entre sí los pares, lo que podemos advertir en «El delirio». Más declamativo se nos presenta «A tí», donde volverá a labrar su querido verso de siete sílabas, si bien se le escurre entre la pluma algún octosílabo: «la luz brillante y vívida»; claro que bien pudiera ser una errata, la que nos parece evidente, equivocando la voz «viva».

Pero, a nuestro entender, y por encima de cualquier otro rasgo literario, sobresale el romance por entre las distintas formas que presenta la poeta. Su hacer es decidido, firme y sin tensiones, emotivo, cargado del sentir del pueblo, a la vez que lejano de las expresiones y desplantes populares. Ciertamente que estos romances de la Larra, como los más de los poetas de su época, están faltos de imágenes; pero no es menos cierto que ella sabe dotarlos de un delicado realismo y, ante todo, tiene la virtud de saber agilizarlos con acción y entreverados diálogos, los que a veces le prestan un sentido casi coral —en ello mucho tendrán que ver los otros costados de la autora, los de narradora y dramaturga—, con el resultado final de una lírica emotiva, vibrante de sentimientos y en la que mucho tiene que ver el cuadro de

costumbres de cuidado pintoresquismo vetado de intenciones morales. En suma, toda una lírica más que correcta y fijamente adscrita a las coordenadas de su tiempo y que nos resulta, un largo siglo después, justamente acreedora de los juicios estimativos que antaño mereciera entre nosotros. Mas suspendemos por ahora nuestras valoraciones, las que posponemos a una nueva y pronta aproximación a la obra de la sevillanojaenera.